

ÁLVARO LOZANO

LA GRAN GUERRA
(1914-1918)

Marcial Pons Historia
2014

Índice

	<u>Pág.</u>
1. Introducción. Magnicidio para una guerra	13
2. La destrucción de la paz.....	45
3. La gran apuesta: 1914	91
4. Un drama nunca superado.....	147
5. Un juego de suma cero.....	175
6. El año de las batallas	223
7. Nuevas dimensiones.....	277
8. Frentes lejanos.....	339
9. España ante la guerra	397
10. Punto de ruptura.....	425
11. Hasta el último hombre	493
12. Año cero	539
13. La cultura de la guerra	563
14. «Entre Verdún y Dachau». Conclusión.....	585
15. Fuentes y bibliografía.....	605
16. Índice de mapas.....	619
17. Índice onomástico	621

1

Introducción Magnicidio para una guerra

«La guerra en 1914 era imposible pero probable».

Henri Bergson.

En el majestuoso edificio denominado Examinations Schools, en la universidad de Oxford, se encuentra un singular retrato del káiser Guillermo II de Alemania, ataviado con la toga de doctor honoris causa, que se le concedió en una solemne ceremonia celebrada en esa universidad en 1907. Siete años después de que el káiser recibiese orgulloso su rango académico, en junio de 1914, de un total de siete doctores investidos en Oxford, cinco eran alemanes. El duque de Sajonia Coburgo Gotha, el profesor Ludwig Mitteis, de la universidad de Leipzig, y el compositor Richard Strauss también recibieron sus rangos académicos en la ceremonia conmemorativa anual el 25 de junio. Asimismo, se celebraron convocatorias académicas especiales para conceder doctorados honoríficos al rey de Württemberg y al embajador alemán, el príncipe Karl Lichnowsky. Durante la celebración del banquete en honor de este último, el profesor Ludwig Mitteis aprovechó la ocasión para recordar a los allí reunidos que el bisabuelo del káiser, el rey Federico Guillermo de Prusia, también había recibido en su día un doctorado honorífico. Celebró la presencia de tantos estudiantes alemanes (58 estudiantes de ese país se habían matriculado en la universidad en los últimos diez años) y expresó la esperanza de que ambas naciones «se acercaran aún más», citando el deseo de Cecil Rhodes de que «toda la humanidad estaría mejor si los polos teutónicos se acercaran más y unieran sus manos con el propósito de llevar su civilización a regiones remotas»¹.

¹ Citado en R. COWLEY (ed.), *The Great War. Perspectives on the First World War*,

Tres días después de esa ceremonia conmemorativa, el archiduque Francisco Fernando de Austria era asesinado en la ciudad balcánica de Sarajevo. Tres meses más tarde, cuando la universidad reanudó sus actividades en octubre de 1914, muchos de los jóvenes ingleses y alemanes que habían participado en esos festejos se habían alistado en sus respectivos ejércitos y estaban dedicando su vida a matarse mutuamente. El Examinations Schools había sido convertido en un hospital. El número de estudiantes universitarios residentes en el campus de la universidad se había visto reducido a más de la mitad, de 3.097 a 1.387. Hacia 1918, esa cifra quedaría reducida a 369 estudiantes. Durante el período de vacaciones, más de mil estudiantes habían sido recomendados para diferentes destinos por un comité establecido bajo la dirección del vicescanciller y estaban sirviendo en el ejército. Hasta ese momento, sólo una docena había perdido la vida; la matanza de la primera batalla de Ypres se produciría una semana más tarde².

A finales de junio de 1914, casi nadie podía imaginar que la guerra era algo inminente. Europa entera se preparaba para disfrutar de un verano en un ambiente de optimismo económico. En un precioso día de verano en París se disputaba en Longchamps el Grand Prix, la prestigiosa carrera de caballos, con la destacada presencia de políticos y diplomáticos y la flor y nata de la alta sociedad francesa. El cielo estaba totalmente despejado. Más allá de los arreglos florales, de los cuidados campos de césped y de los amplios árboles, la gran ciudad de París resplandecía bajo el calor del incipiente verano. Era el domingo 28 de junio de 1914.

Ese fatídico día amaneció también caluroso y despejado sobre los Balcanes y nada hacía presagiar en Sarajevo que, horas más tarde, tendría lugar uno de los asesinatos políticos más decisivos de la historia, magnicidio que a la postre sería el detonante de un conflicto mundial. Para los serbios se trataba de un día muy especial, San Vitus (Vivodan). En esa fecha se recordaba la batalla de Kosovo Polje («el campo de los mirlos») de 1389, en la que el reino medieval serbio del príncipe Lázaro había sido derrotado por los turcos. Para la historia serbia se iniciaba un largo período de sufrimiento bajo la opre-

Nueva York, 2003, p. 6. Salvo que se indique lo contrario, las traducciones de otros idiomas son obra del autor.

² Episodio narrado en M. HOWARD, *The Lessons of History*, Yale, 1989.

sión otomana, dominación que para los nacionalistas serbios era similar a la que ahora ejercía el Imperio austrohúngaro como sucesor del Imperio turco en los Balcanes.

Aquella jornada era también especial, pero por motivos muy diferentes, para el archiduque Francisco Fernando, heredero de la corona de Austria-Hungría, ya que celebraba el aniversario de su polémico matrimonio con Sofía Chotek. La pareja se encontraba en ese momento en Bosnia, asistiendo a las maniobras militares de verano y, una vez finalizadas éstas, tenía programada una visita a la vecina ciudad de Sarajevo, donde serían recibidos como altos dignatarios, algo impensable en Viena, puesto que la esposa del archiduque no era de sangre real. Sofía, embarazada de su cuarto hijo, podría, por fin, acompañar a su marido en el mismo automóvil en un acto oficial, algo que le era vedado en el estricto protocolo que se observaba en la capital del Imperio, Viena.

El 28 de junio también era un día señalado para siete jóvenes nacionalistas serbobosnios. Para ellos, la visita del archiduque el día de la festividad del patrón nacional de Serbia constituía una provocación en toda regla. De ahí que decidieran aprovechar la ocasión para atentar contra el archiduque, el representante y heredero del odiado Imperio, y el único escollo para lograr el sueño de la Gran Serbia, en la cual se integraría la mayoría de los eslavos del sur. Según las aspiraciones nacionalistas, la Gran Serbia debía anexionarse las provincias históricas de Bosnia y Herzegovina³.

En Belgrado se habían formado diversas sociedades secretas cuyo fin era conspirar para derribar el poder austrohúngaro, en particular en las provincias que Serbia deseaba anexionarse. Una de esas sociedades era la denominada Unión o Muerte, popularmente conocida como la Mano Negra. Su misión era conseguir, a través de actos terroristas contra personalidades y objetivos austriacos, la anexión de Bosnia a Serbia. Entre la lista de objetivos no se encontraba el emperador de Austria-Hungría, Francisco José, ya que su figura era ampliamente

³ Sobre el asesinato de Sarajevo las obras de referencia son V. DEDIJER, *La route de Sarajevo*, París, 1966; J. REMAK, *Sarajevo. The story of a political murder*, Nueva York, 1959; H. PAULI, *The Secret of Sarajevo. Franz Ferdinand, Sophie and the assassination that led to World War I*, Nueva York, 1965; L. CASSELS, *The Archduke and the assassin. Sarajevo, June 28th 1914*, Nueva York, 1984, y J. W. MASON, *The Dissolution of the Austro-Hungarian Empire. 1867-1918*, Londres, 1985.

respetada y la causa serbia no ganaría ninguna simpatía con su desaparición. Por el contrario, el heredero al trono, su sobrino Francisco Fernando constituía un objetivo tentador. En la Corte de Viena el archiduque no era muy popular. Por un lado, el emperador había negado al enlace matrimonial del archiduque otro carácter que el de morganático, lo que excluía a sus descendientes de la sucesión monárquica. Por otro, eran bien conocidos sus proyectos de conceder más derechos a los serbios del Imperio, poniéndoles en situación de igualdad con austriacos y húngaros en el sistema dual, vigente desde el *Ausgleich* o compromiso austrohúngaro de 1867⁴.

Atentar contra una figura favorable a los serbios parecía, a simple vista, una contradicción. Sin embargo, bastaba con que se aplicaran las ideas de Francisco Fernando para que fuera posible resolver el problema de la minoría serbia de Bosnia y para que, en consecuencia, se desvaneciese el sueño revolucionario de la Gran Serbia. Cuando se supo que el heredero al trono visitaría Sarajevo en junio de 1914, la Mano Negra decidió atentar contra él. Para ese fin, reclutó a siete jóvenes serbobosnios, evitando incorporar directamente a terroristas serbios para dejar a salvo a Serbia de toda responsabilidad. El entrenamiento y las armas para la misión provenían directamente de Serbia. La organización la Mano Negra estaba dirigida por el coronel Apis, cuya verdadera identidad era la del coronel Dragutin Dimitrevich, jefe de la inteligencia militar serbia. Los jóvenes, ligeramente entrenados, llegaron a Sarajevo el 3 de junio.

Las conexiones de la Mano Negra con el ejército y la administración serbia eran de sobra conocidas por casi todos los miembros del Gobierno de Belgrado. Cuando el primer ministro serbio, Nikola Pasic, tuvo noticias indirectas de lo que se tramaba, se encontró con un dilema de difícil solución. Si dejaba actuar a la Mano Negra y ésta llevaba a cabo su plan con éxito, las conexiones de los terroristas con el Gobierno serbio no tardarían en salir a la luz, lo que llevaría, sin duda, a un conflicto con Austria-Hungría. Por el contrario, si lo notificaba al Gobierno austriaco, sus compatriotas le considerarían un traidor y se convertiría en el siguiente objetivo de la organización terrorista o de cualquier otra. Finalmente, decidió informar al

⁴ S. R. WILLIAMSON, «Influence, power and the policy process: the case of Franz Ferdinand, 1906-1914», *Historical Journal*, núm. 17, 1974, pp. 417-434.

Gobierno de Viena en términos vagos, de forma que no inculcase directamente a la Mano Negra.

La persona elegida para trasladar el mensaje a las autoridades austriacas era el representante serbio en Viena, Jovan Jovanović, un ardiente nacionalista que no era muy apreciado en el Ministerio de Asuntos Exteriores austriaco. Sin embargo, Jovanovic había cultivado una relación de amistad con el ministro de finanzas, Ritter von Bilinski. La misión no era sencilla, ya que no podía dar la impresión de que se estaba intentando intimidar a los austriacos hasta el punto de querer hacerles abandonar las proyectadas maniobras o la visita del heredero a Bosnia. El día 5 de junio, Jovanovic se entrevistó con Von Bilinski y le aconsejó que el archiduque renunciase a visitar Sarajevo y que las maniobras no se organizaran en Bosnia, y mucho menos en junio, por la celebración del Vivovdan. Von Bilinski, totalmente ajeno al sutil lenguaje diplomático, no se percató de la advertencia y se limitó a responder: «Esperemos que no ocurra nada»⁵.

Al regresar a su embajada, Jovanovic se limitó a comentar con un amigo que las autoridades austriacas no habían entendido el mensaje y dio el asunto por zanjado. La advertencia nunca fue transmitida a los oficiales de la seguridad austriaca; nadie fue detenido en Sarajevo. Europa se encontraba tan sólo a un paso de la guerra. Ese año, el archiduque Francisco Fernando había sido invitado por el gobernador de Bosnia, el general Oskar Poiterek, a las maniobras militares de verano que tendrían lugar a las afueras de Sarajevo. La seguridad para la visita dejaba mucho que desear. Al archiduque le desagradaba la presencia de miembros del servicio secreto en sus viajes y tampoco le gustaba que en sus desplazamientos un cordón policial le separase del pueblo. Edmund Gerde, jefe de la policía de Sarajevo, creía que existía un peligro real de que hubiera un atentado y solicitó que se reforzaran las medidas de seguridad. La respuesta que recibió de los responsables fue que estaba obsesionado con fantasmas.

Francisco Fernando llegó el 25 de junio a Tarcin, localidad próxima a Sarajevo. Su mujer se entretuvo unas horas en el centro. Su visita transcurrió sin novedad y es posible que comentara con su marido que no había nada que temer. Comenzaba así la última etapa

⁵ F. MORTON, *Thunder at twilight, Vienna 1913-1914*, Cambridge Mass., 2001, pp. 249-264.

de su estancia en Bosnia y en tan sólo treinta horas tenían previsto estar de regreso en casa con sus hijos. La mañana del 28 junio, una vez finalizadas las maniobras, la comitiva se dirigió a Sarajevo. Allí les esperaba a las diez una recepción oficial en el Ayuntamiento y diversos actos, entre ellos la inauguración del museo local. Posteriormente, se dirigirían a almorzar con el general Poitorek en su residencia, e inmediatamente después emprenderían el regreso. La multitud aguardaba lo largo de la ruta para saludar a la pareja imperial. Entre la gente, y apostados en diversos lugares del trayecto, se encontraban los siete terroristas. El primero de ellos era un joven llamado Mehmedbasic, y a pocos pasos se encontraba su compañero, Cabrinovic.

Al acercarse la caravana, Mehmedbasic no actuó porque un policía le bloqueaba el espacio por donde pensaba lanzar su bomba, pero, al paso de la comitiva, Cabrinovic lanzó la suya hacia el vehículo del archiduque. Desde su asiento trasero, Francisco Fernando se percató del objeto que volaba en su dirección y levantó el brazo para alejarlo de su mujer, que se encontraba a su derecha, entre él y Cabrinovic. La bomba rebotó y fue a parar al suelo, donde estalló hiriendo a una docena de personas. El conductor del vehículo resultó herido leve, aunque la peor parte se la llevó el teniente coronel Erich von Merizzi, ayudante del general Poitorek, que fue herido en la cabeza. Entre tanto, el terrorista había ingerido el cianuro que llevaba y se había arrojado al río. Sin embargo, el veneno no hizo efecto; además, durante el verano el río Miljacka no tenía la profundidad suficiente para que una persona pudiera ahogarse. Unos minutos más tarde era detenido. La comitiva siguió su camino sin que ninguno de los otros terroristas se decidiese actuar, bien por falta de valor, bien porque pensaban que sus compañeros habían tenido éxito⁶.

Cuando los vehículos llegaron al Ayuntamiento, el archiduque estaba furioso y, dirigiéndose al alcalde, quien ya había iniciado el discurso de bienvenida, le increpó: «¡Señor alcalde, uno viene aquí de visita y es recibido con bombas! ¡Esto es un escándalo!». El alcalde, ignorante de cuanto había sucedido, prosiguió su discurso. Tras el discurso, y una vez serenados los ánimos, se planteó la decisión más importante: ¿qué plan debería seguirse el resto la jornada? Se discu-

⁶ A. LOZANO, «Magnicidio para una guerra», *La Aventura de la Historia*, núm. 45, 2002, pp. 26-31.

tió si no sería más prudente que el archiduque abandonase sin demora Sarajevo. Sin embargo, él se negó a que se alteraran los planes y solicitó únicamente que se incluyera en su agenda una visita al hospital donde se encontraban los heridos del atentado.

Antes de partir, el gobernador se dirigió al archiduque asegurándole que podía seguir su trayecto con toda tranquilidad, pues se habían redoblado las medidas de seguridad y los controles en toda la ciudad. A pesar de estas tranquilizadoras palabras, el archiduque pidió a su mujer que no le acompañase durante el resto la jornada y que abandonase Sarajevo, pero ella se negó. A las 10:45 de la mañana, los mismos vehículos se ponían en marcha. El automóvil del archiduque era conducido por un antiguo soldado llamado Leopold Sojka. A su lado se situó el general Potoirek. En la parte posterior, se sentaron Fernando y Sofía. Para mayor seguridad, el conde Frantisek Harrach, propietario del vehículo y amigo personal del archiduque, se apostó en el estribo por el lateral donde esa mañana había caído la bomba.

Los vehículos debían dirigirse al hospital siguiendo la avenida Appel, que bordea el río, sin adentrarse en las angostas callejuelas de la ciudad antigua. El cambio de planes serviría de medida de seguridad, ya que nadie les esperaba por esta avenida, y porque así se evitarían las calles más estrechas y concurridas. Sin embargo, ninguno de los conductores había sido informado de los cambios, por lo que pensaban seguir la ruta originalmente trazada, por la calle Francisco José en dirección al museo, para posteriormente dirigirse a la residencia del gobernador. El trabajo de alertar a los conductores sobre la ruta era responsabilidad del teniente coronel Merizzi, pero éste se encontraba herido en el hospital.

Mientras tanto, los terroristas se encontraban desconcertados. Sin ninguna certeza de que el archiduque fuese a seguir el itinerario previsto, se situaron en diversos puntos de la ruta. Uno de ellos, el estudiante de diecinueve años Gavrilo Princip, deprimido por la falta de suerte de su misión, decidió comer algo mientras reflexionaba sobre qué haría después. Se encaminó hacia la calle Francisco José, donde se detuvo para comprar un bocadillo en un establecimiento. Al salir, se encontró con un amigo cuando, justo en ese mismo instante, ignorando el cambio de itinerario, el conductor del primer automóvil de la comitiva estaba girando para adentrarse en la calle donde estaba. El general Poitorek se dio cuenta del error y le gritó para que rectificara: «¿Qué es esto? ¡Éste es el camino equivocado, se supone que

teníamos que seguir por la avenida Appel!». El conductor, sorprendido por los gritos del general, frenó en seco para dar marcha atrás. El automóvil se detuvo así a escasos pasos de Princip. La suerte estaba echada. Pocas veces en la historia un error ha tenido tales consecuencias. Princip se percató rápidamente de lo que estaba sucediendo. Apenas se lo podía creer: allí, a escasos metros se encontraba el archiduque, el odiado enemigo. No se lo pensó dos veces, sacó su pistola de bolsillo y realizó dos disparos sin apenas apuntar. El archiduque y su mujer fueron heridos de muerte. Potoirek, sin embargo, pensó que los terroristas habían vuelto a fallar y dio órdenes al conductor para que se dirigiera a toda prisa hacia la residencia del gobernador. Princip intentó suicidarse pegándose un tiro, pero un espectador lo impidió agarrándole del brazo. Momentos después, Princip estuvo a punto de ser linchado por la multitud⁷.

Mientras el vehículo aceleraba a través del puente Lateiner, un hilo de sangre salía por la boca del archiduque. Había sido alcanzado en el cuello y la bala le había perforado la yugular, alojándose en la columna vertebral. Su mujer exclamó: «¡Por Dios! ¿Qué te ha sucedido?». Y, acto seguido, se inclinó hacia delante. El general Potoirek pensó que se había desmayado e intentó ayudarla. Sin embargo, la duquesa Sofía también había sido mortalmente alcanzada en el abdomen. Agonizando, su marido alcanzó a pronunciar: «¡Querida Sofía, no te mueras, vive por nuestros hijos!». Pero la duquesa estaba muerta y unos minutos después también lo estaría el archiduque. Sus últimas palabras fueron: «No es nada, no es nada...»⁸. A las 11:30 de la mañana las campanas de Sarajevo comenzaron a doblar; los terroristas habían logrado su objetivo.

En todas las capitales de Europa la reacción al asesinato del heredero de la corona austriaca fue tibia, hasta el punto de la indiferencia. La enfermera y escritora pacifista inglesa Vera Brittain recordaría más tarde que no podía entender cómo una «bomba serbia arrojada al otro lado de Europa podía afectar a sus planes de asistir a la Universidad de Oxford aquel otoño»⁹. En un primer momento, parecía que nada iba a suceder tras el atentado; el asesinato en Sarajevo

⁷ C. CLARK, *The Sleepwalkers*, Londres, 2013, pp. 367-403.

⁸ V. GRONIN, *Paris on the eve, 1900-1914*, Nueva York, 1989, p. 434.

⁹ C. E. COOPER, *Behind the lines: One woman's war, 1914-1918*, Londres, 1982, pp. 21-22.

era algo distante, sin ninguna importancia. Al recibir la noticia en su central de Londres, la redacción de Reuters pensó que aquel mensaje urgente obedecía al resultado de una carrera de caballos con indicación de los vencedores: Sarajevo (1.º) Fernando (2.º) Asesinado (3.º). En Viena se celebró un discreto funeral para el heredero; el origen plebeyo de la duquesa impidió su entierro en la iglesia de los capuchinos, lugar reservado para la familia real de los Habsburgo. La pareja fue enterrada en el castillo de Arsttesten, propiedad de Francisco Fernando. Ninguno de los principales mandos militares, ni de las figuras políticas europeas, consideraron que el asesinato fuera un acontecimiento lo bastante relevante como para asistir al funeral o cancelar sus vacaciones estivales.

En Londres las reacciones fueron también de la más absoluta indiferencia. El académico norteamericano Charles Seymour concluyó que aquello era debido a que «pocos ingleses han oído hablar del archiduque y la mayoría es incapaz de situar la localidad de Sarajevo en un mapa»¹⁰. El antihéroe creado por el escritor checo Jaroslav Hasek en su obra *El buen soldado Schweik* reacciona ante la noticia del asesinato del archiduque señalando que él sólo conocía a dos Fernandos: uno que se había bebido por equivocación una botella de tinte para el pelo y otro que recogía estiércol. «Ninguno de los dos supondría una gran pérdida», añadía. El general ruso Alexei Brusilov, de vacaciones en Alemania, observó que la gente del balneario donde se encontraba «se había mostrado indiferente a los acontecimientos de Sarajevo»¹¹.

En Sarajevo, todos los terroristas, salvo uno, habían sido arrestados el 5 de julio. Dada la escasa simpatía que despertaba Francisco Fernando, la investigación se delegó a las autoridades de Sarajevo. Éstas únicamente pudieron establecer con claridad que las armas provenían de Serbia, pero nunca pudo probarse a ciencia cierta la complicidad del Gobierno de Belgrado. Eso no salvaría a Belgrado, cuyas aspiraciones hacia la Gran Serbia atentaban directamente contra la supervivencia misma del Imperio austrohúngaro¹².

¹⁰ CH. SEYMOUR, *The Intimate papers of Colonel House*, vol. 1, Nueva York, 1926, p. 269.

¹¹ J. HASEK, *The Good Soldier Schweik*, Nueva York, 1963, p. 21, y A. BRUSILOV, *A Soldier's notebook, 1914-1918*, Westport, 1971, p. 4.

¹² Véase L. CASSELS, *The Archduke and the Assassin*, *op. cit.*, pp. 63-161.